



CHONOPPI

por J. Antonio López Villada
ilustraciones: Javier Pérez López

CHONOPI

Un cuento sobre el Alzheimer, 2023

*Dedico estas páginas a mi padre, quien falleció demasiado pronto;
a mi madre que hizo posible que yo esté aquí;
a mi mujer y a mis hijos que me acompañan en mi día a día;
a mi familia y amigos que componen el tapiz de mi vida.*

A todas las personas que lidian con la demencia.

Relato



Juan Antonio López Villada

Tarragona, 1971. Fisioterapeuta y osteópata. Vinculado al mundo de la geriatría desde hace 25 años, trabaja en un centro socio-sanitario. Su vida laboral cercana a los pacientes con demencia lo ha sensibilizado especialmente hacia ellos y sus familiares. También es profesor asociado en la Universidad Rovira i Virgili (con centros en varias localidades tarraconenses) donde imparte docencia en el ámbito de la fisioterapia geriátrica.

Ilustraciones



Javier Pérez López

Barcelona, 1967. Licenciado en Bellas Artes e Historia y Ciencias de la Música, además de doctor por la Universidad de Castilla La Mancha con la tesis *La música en las Brigadas Internacionales: las canciones como estrategia de guerra*. Es profesor de Secundaria por la especialidad de música desde el año 1995, en Albacete. Su campo artístico abarca retratos, paisajes, restauración de muebles y decoración, utilizando diferentes técnicas que van desde la acuarela y el acrílico hasta el material reciclado.

Ambos son primos hermanos y os quieren brindar la oportunidad de compartir con ellos este proyecto, pequeño pero emotivo.

I

Solía pensar que sería el principio de tu nueva historia, pero lo fue de la mía.

Cómo imaginar que, del desencuentro, del derrumbe y el caos, podría gestarse el aprendizaje..., mi aprendizaje.

Aún recuerdo ese primer día en el que llegué a casa después de un sosegado paseo, y mi saludo se perdió entre las paredes sin ninguna respuesta; mi desconcierto aumentó cuando sonó el teléfono y al otro lado reconocí tu voz, temblorosa y asustada, que me rogaba rescatarte de una ciudad y unas calles que se habían tornado en un mapa indescifrable. Fue el primer momento en el que todo tomó cuerpo: olvidos, despistes, algún fuego encendido, alguna prenda de vestir colocada en un orden y en un lugar demasiado caprichoso, aquellos cambios de humor...; momentos de descuido que, hasta ahora, estaban dentro de la caja de los achaques de la edad.

Se encendieron todas las alarmas sanitarias; nos pusimos a la cola de un largo protocolo médico que terminaría bautizando a la criatura que se estaba gestando entre tus neuronas: *Demencia* la llamaron.

Empezó un interminable proceso en el que el carruaje se mantuvo, el cochero era cada vez menos diligente y menos reconocible; donde los caballos se desbocaban por momentos y se atascaban sin remedio en otros..., donde la viajera olvidó cuál era su destino.

¿Cómo aceptar una "vida sin vida"? ¿Cómo gestionar que mi gran amor se empezaba a diluir, como pastilla efervescente, dentro de un complejo laberinto? ¿Cómo luchar contra Goliat, siendo yo un David sin puntería? Tantos interrogantes, cargados de un miedo atroz, me conectaron con lo desconocido y, por primera vez, después de un viaje que ya duraba 72 años, todo me daba vértigo.

Siguieron semanas de incomprensión y negación. Una lucha contra molinos quijotescos que hizo que poco a poco el caballero del amor fuera vencido por el de la pena. La situación me inoculaba en vena, sobredosis de frustración provocada por tanto mirar sin ver, tanto oír sin escuchar...; en definitiva: caminar sin rumbo.

Y llegó el día en que yo, acompañado de mi hijo, recibí de parte de los *Caballeros de la Mesa Redonda sanitaria*, la peor de las noticias:

- "Ramón, no puedes seguir en esta lucha tú solo, necesitas ayuda. Habrá que ingresarla".

La demencia me había robado su mente y, ahora, me tocaba aceptar el secuestro del resto.

II

Son muchas las imágenes y palabras que versan sobre el inicio del amor las que muestran a un niño alado acertando con su arco los corazones de los amantes. Así fue como conocí a Daniela.

El calendario andaba por 1963 cuando contaba yo apenas 17 años. Eran momentos en que, embriagados de hormonas, jugábamos a ser gigantes en un mundo pequeño. Fue una mañana, paseando por la calle

Mayor vestida de adoquines regios, cuando la vi, justo después de que pasara el carro de Remigio, el lechero. Alta y delgada, en su cabeza serpenteaba una melena rubia cargada de tirabuzones que envolvían una sonrisa natural e inspiradora; ante aquella visión, mi mirada era la de ese novio despistado que llega tarde al altar.

Andaba enfundada en un vestido largo de color crema, con algunos volantes que parecían danzar con ella a cada paso. Nuestros destinos opuestos permitieron que nos fuéramos acercando, al tiempo que mi corazón se aceleraba como un carro en bajada y sin frenos. Al llegar a su altura, nuestros ojos se cruzaron pudiendo distinguir dos lunas verdosas que me hicieron sentir un pinchazo en el pecho, y me dibujaron una media sonrisa que fue correspondida con la suya. La magia del momento me robó el habla, pero permitió que nos declaráramos con nuestros gestos y nuestra mirada.

Poco después, supe que era la hija menor de una familia recién llegada al pueblo; al parecer, se habían trasladado hasta aquí porque el padre, ferroviario, fue nombrado funcionario en la nueva estación comarcal. El mío por entonces trabajaba de interventor en la misma estación, por lo que no fue difícil provocar algunos encuentros, aparentemente casuales. Dos otoños después nos uníamos en una soleada mañana de noviembre.

En ese caminar juntos, se añadió a nuestras vidas una pequeña casa del casco viejo y, en ella, concebimos a nuestro único hijo al que llamaríamos José, en recuerdo de mi abuelo materno, José Villavieja Portuelos, responsable de la donación de los terrenos donde construyeron la escuela en la que me eduqué. Nuestro sendero fue discurrendo despacio y no exento de dificultades, como en cualquier hogar; aun así, siempre acabábamos bañados por la lluvia de la reconciliación que nos empujaba a seguir adelante. No nos importó el desnivel, ni las piedras, ni las separaciones furtivas del camino que nos vimos obligados a tomar; al final, siempre encontrábamos la manera de volver juntos a él y fusionarnos en un mismo propósito. Siempre, hasta que la "dama del olvido" decidió tomar prestada su alma sin permiso, dejándome huérfano de ella y esclavo del cuerpo donde se guardaba tan preciado tesoro.



III

Eran las 6:02 horas la última vez que clavé la vista en el reloj, después de una larga noche bailando con las sábanas y aporreando la almohada sin poder dormir. Daniela se había levantado sin rumbo en tres ocasiones con unas obligaciones cotidianas, disparatadas en la noche: tener que comprar pescado en la plaza, hacer la comida para que estuviera lista a mi regreso de la oficina o, tomar el autobús de línea para ir a ver a su madre ya fallecida hacía más de quince años. Por un instante, anhelé la idea de que pudiera pasar un tranvía con parada en Difuntos donde poder conversar con mis padres y mi abuelo...; cuánto hubiera agradecido ese servicio.

Me levanté cauteloso para evitar aquellos mareos que hacían girar todo a mi alrededor. Con caminar prudente, me acerqué al lado de la cama donde dormía ella plácidamente; la leve sonrisa que se dibujaba en su rostro despertó en mí el deseo de imaginarla soñando en alguno de los momentos dichosamente vividos, cualquier instante de vida en el que estábamos juntos y nos sentíamos felices. Inmediatamente me invadió un frío gélido: fue cuando caí de la nube y me estrellé contra el suelo de la realidad. Era el día en el que mi princesa abandonaba el castillo; me sentí entonces como un caballero derrotado por no haber sido capaz de vencer al dragón que apresó sus pensamientos.

Las lágrimas en procesión se deslizaban entre los surcos que el paso del tiempo había cincelado en su rostro. Después de limpiar algunas de ellas con la mano, aparté sus cabellos para poder contemplarla en calma por última vez, en nuestro hogar. Fue un momento precioso donde todo parecía como siempre: una mañana más entre dos personas que se despertaban para afrontar juntos un nuevo día.

El despertador decidió que ya era suficiente y empezó a sonar con la melodía que llevaba años sacándome de la cama, salvo que esta vez lo

haría unas cuantas horas antes. Lo silencié rápidamente para evitar que Daniela despertara y me dispuse a prepararlo todo.

Los minutos discurrían a cámara lenta, como una película antigua de colores apagados. Mi cabeza, soliviantada, intentaba gestionar una lucha sin cuartel entre el cerebro racional -que exigía hacer lo necesario para que a las 9:00 pudiéramos partir hacia la residencia *El Hogar*-, y mi cerebro emocional -el cual se negaba a aceptar la situación y comenzaba a atenazarme los músculos-. Mi corazón se aceleraba a trompicones, empujándome a reflexionar sobre si estaba en lo correcto... o no. Recuerdos adornados de sonrisas y que habían tenido lugar en aquellas estancias no cesaban de brotar en mi mente. Eran traspasados por las últimas vivencias impregnadas de gritos y desconcierto, de caballos desbocados y de una sensación agria y metálica que me arrastraba a la realidad.

Sonó el timbre. Era Vanesa, la asistenta personal que estuvo acompañándome en el cuidado de mi esposa durante varios meses. Mientras ella la arreglaba, yo coloqué los últimos aperos en la maleta, no sin evocar los mejores tiempos con cada uno de los objetos que colocaba. Los ojos no pudieron contener nuevamente unas lágrimas que se precipitaban sobre ellos, rociándolos de sentimiento.

Por fin, todo estaba listo. Daniela lucía un bonito vestido del mismo color que el que llevaba el día que la conocí; su pelo recordaba aquellos tirabuzones, ahora más cortos y decolorados por el tiempo. Su cara desprendía una paz aparente, como si aprobara una ineludible resignación. Incluso, hubo un momento donde se cruzaron nuestras miradas y pude ver, en el fondo de aquellos magnéticos ojos verdes, a la jovencita de quince años que conquistó hasta el último poro de mi cuerpo. En ese instante, algo se fundió en mí y la negación, la rabia y la tristeza dieron paso, por un momento, a una extraña calma que hacía meses que no sentía. Ahora estaba algo más preparado para afrontar la caprichosa ruta que tomaba nuestro destino.

IV

La vida, con su tránsito acelerado, no nos permite anticiparnos con calma hacia el futuro, previendo el día en que el pulso comienza a temblarnos, las piernas flojean, la espalda se arquea, y nos cubrimos de arrugas, a la vez que nos vaciamos de ambición y de proyectos. Si no estamos atentos, "La vida es todo aquello que sucede mientras nos empeñamos en hacer otras cosas", entregándonos a esos vampiros existenciales que toman nuestras riendas y no nos permiten vivirnos a nosotros mismos. "Hay que vivir cada momento", -decía Daniela antes de divorciarse de la realidad-, "Y abrazarla con fuerza para que no nos sea arrebatada por alguien que abra las puertas a la suerte". Abrir la puerta a la suerte..., como si la fortuna -tal como la llamaban los humanistas- fuera esa corriente de aire que se cuele en nosotros sin permiso. Yo era más de pensar como mi abuelo, quien siempre decía que la suerte era el esfuerzo enmascarado, y que cuanto más se esforzara uno, más suerte tendría. Yo había trabajado mucho siempre, esperando hacer méritos suficientes desde muy joven para poder evitar situaciones como la que ahora me tocaba vivir.

Cuando somos jóvenes, oímos muchas voces que hacen calado y allanan nuestro camino ya preparado a su vez por otros; proyectan nuestros años venideros como si no fuera necesario reparar en el presente. Pero cuando llegamos a cierta edad, el desgaste nos grita a los cuatro vientos que ya somos mayores; entonces resulta sangrante encontrar esos espacios, esas tareas, esos proyectos por los que seguir luchando; aún y así, seguimos viviendo. Esos mismos que nos invitaban a cuidarnos, se olvidaron de disponer la parada donde apearnos para poder seguir siendo útiles.

En medio de ese desconcierto, una de las pesadillas que recorre nuestras venas es la de no querer acabar en una residencia. Como las antiguas historias de monstruos marinos en los puertos pesqueros, los centros para gente mayor suscitan la idea de ser verdaderos pozos de dolor



y tristeza; una especie de purgatorio antes del definitivo adiós. El imaginario, dibuja personas enfermas gritando y babeando, aparcadas en frías salas donde sirven rancho por comida y se entretienen en decorar las mesitas de noche con un extenso *collage* de colores y tamaños formado por pastillas. Horas sin luz invadidas por quejidos y gritos casi sin respuesta; *zombies* transeúntes arrastrándose por lúgubres pasillos... Desconocidos de uniforme -a los que llegamos a cuadruplicar la edad-, apuestan a saber más que nosotros de nuestras cosas, de nuestra vida, de lo que es prescriptivo o no, de lo que se puede y de lo que no se puede. Normas y horarios que adornan unos barrotes transparentes para los de fuera, y que solo ven y sienten los de dentro.

Hacia esa especie de triángulo de Las Bermudas veía que se abocaba sin remedio mi amada, deslizándome a mí por una montaña rusa emocional solo calmada por aquella mirada de ojos verdes que me fue concedida antes de salir de casa.

El coche de nuestro hijo y su mujer Rosa recorrió el escaso kilómetro que separaba nuestra morada del nuevo hogar de Daniela. Fue un viaje lento, lleno de silencios cortantes, cruce de miradas entre José y Rosa, vistazos al retrovisor... Daniela no dejaba de contemplar por la ventana queriendo capturar rincones familiares por los que habíamos pasado infinidad de veces, rebautizándolos en algunos casos y acertándolos en otros; mientras, yo apretaba fuertemente su mano en un último intento inconsciente e irracional de espantar al fantasma que la había poseído.

El coche se detuvo. Pepe corrió a abrir la puerta de atrás para que su mamá saliera. Tragué saliva y observé cómo ella, motivada por el gesto amable de Rosa, se alejaba del coche sola. La seguí y la así por el brazo mientras nuestro hijo se abalanzaba sobre el maletero para sacar el pesado equipaje. Recuerdo que en ese momento pensé, ¿Cómo empaquetar toda una vida en una maleta?, ¿Cómo una simple cremallera puede contener todo un camino recorrido en tantos años? Tanto pensaba en ella, que desde el coche al interior de la residencia, solo sentía el hipnótico ruido que producían sus zapatos mientras sorteaba los surcos de las baldosas de la acera. El silbido de la puerta cerrándose a mis espaldas me hizo despertar de aquel trance. Habíamos llegado.

Para mi sorpresa, no era el hedor que esperaba a azufre o perro muerto, sino un olor desprendido por algún cítrico agradable que me recordó la fantástica macedonia que preparaba muchos días de verano Daniela. Después de unos minutos, nos atendió una simpática recepcionista que puso en marcha la maquinaria burocrática, expendedora de aquellos documentos que esperaban ansiosos nuestra firma.

Daniela estaba cómodamente sentada en una butaca, casualmente al lado de una antigua vecina, la Dolores; esta la reconoció enseguida y quiso entablar conversación con ella aunque sin demasiado éxito, pues no conseguía dar con el código para descifrar muchos de los mensajes que mi mujer le lanzaba. Me miró algo incómoda, y con el pretexto de tener que ir a algún sitio, se deslizó de la butaca y sorteó a algunas personas para desaparecer por el pasillo central de la planta 0. Aquel diablo que le había sorbido el cerebro lentamente, no solo le estaba robando sus facultades, sino también sus amistades y su vida entera.

Después de estampar mi rúbrica repetidas veces en varios papeles, los asistentes nos acompañaron a la habitación que estaba en el ala este. Era una estancia sencilla, acogedora, con varios espacios vírgenes para que los rellenáramos de trocitos de su vida; el propósito era acercarle su hogar hasta allí. Daniela, nada más entrar, se dirigió hacia la ventana y, como si necesitara conectarse con un mundo que no entendía, fijó sus ojos en la iglesia donde habíamos estado acudiendo tantos domingos; el mismo espacio testigo de nuestro "sí" y del bautizo de nuestro pequeño; allí, donde Pepe se unió a Rosa. Quizá no lo entendía todo, pero había sido un epicentro de momentos muy importantes de nuestra vida, y parecía intuirlo. Entretanto, nuestro hijo y su mujer se afanaban en ordenar el contenido de la maleta en el armario, entrecruzando comentarios en voz baja que mi maltrecho oído no alcanzaba a distinguir y, por ello, estimulaban mi lado paranoico.

Pasado el trámite del aterrizaje, apareció una jovencísima enfermera, correctamente uniformada con el pantalón blanco, la casaca color pastel y el logo de la residencia en el pecho; me recordó a un jugador de fútbol orgulloso de su escudo. Nos interrogó sobre la situación de mi mujer: hábitos, costumbres, gustos, dieta, medicación...; y fue un momento que me sirvió para tomar conciencia de todo lo perdido por el camino en el último año y medio. Fue como revivir un asesinato en un juicio o, un ring de boxeo

donde el púgil de hoy noqueaba al del ayer con derechazos directos al cerebro. Un hueco donde el sentimiento de pérdida volvía a aflorar y erizaba cada pelo de mi cuerpo. A continuación, siguió un *tour* hasta la habitación para conocer los nuevos mandos del buque en el que ella, lejos de mí, iba a navegar a partir de hoy. Desde entonces, empecé a familiarizarme con una jerga que hasta ese momento desconocida: cama articulada, timbre de aviso, paella -no de arroz precisamente-, ayuda técnica, auxiliar..., y muchos más términos que no recuerdo.

Por fin estábamos acomodados; solo quedaba el paseo por las instalaciones. Salimos de la habitación y Daniela empezaba a mostrar signos de nerviosismo y cansancio; decidió apearse apoltronándose en la butaca de su habitación abrazada a Nancy, su hija adoptiva de trapo que entró en nuestra vida 3 meses atrás; a ella acudía para mostrar cariño, buscar refugio..., reconciliarse con la calma. Hubo momentos en que llegué a estar celoso y hubiera pagado mi escasa fortuna para poder verme transformado en aquella pequeña muñeca de vestido claro y rubios tirabuzones. En esa metamorfosis, hubiera sentido nuevamente sus caricias, sus besos, su abrazo eterno.

Decidimos que Rosa se quedara en la habitación mientras padre e hijo salimos al pasillo escoltados por un trabajador social; realmente, tenía el semblante de un mandarín. Nos enseñó los diferentes espacios comunes, intentando enfatizar en lo bueno de aquel lugar, adoptando el papel de un comercial que pretende vender una villa. Las explicaciones las dirigía sobre todo hacia mí, a la vez que Pepe incluso anticipaba alguna que otra, lo que me dio a entender que no era la primera ocasión en que visitaba aquel lugar.

Ya de vuelta hacia la habitación, un señor se me acercó. Su aspecto era descuidado, con algún resto de comida entre sus labios, voz temblorosa, y un caminar torpe; iba asistido por un carrito con empuñaduras, que le ayudaba a arrastrar unos pies que ya no acertaban a despegarse del suelo. Su columna describía una curva tremenda, como si los años lo hubieran ido aplastando a cada paso y sus piernas, curvadas y flexionadas, parecieran poder partirse en cualquier momento. Sus manos estaban deformadas, y sus dedos parecían haberse declarado en anarquía, siguiendo cada uno un camino distinto. La falta de pelo dejaba al descubierto una cara de rostro forzado, grandes arrugas y unos ojos hundidos e incoloros que intuían más que veían. Al llegar a mi altura, noté



un fuerte olor que me comunicó que su ritmo intestinal era más rápido que su caminar y, no sin bastante esfuerzo para intentar enderezar su mirada, me susurró: “¿Tienes un cigarrillo? llévame a fumar”. Contesté automáticamente: “No, no fumo, lo siento Señor”.

Insistió dos o tres veces más, como si ese ansiado cigarrillo fuera un elixir que lo devolvería a su juventud o yo qué sé dónde, hasta que un auxiliar pasó por su lado y lo invitó a no molestar a las visitas mientras lo guiaba hacia su dormitorio. No pude dejar de mirarlo, girando mi cuerpo en tanto me dirigía a reunirme con Daniela; qué cruel es el tiempo que puede deformarnos y castigarnos hasta límites insospechados mostrando la parte más grotesca de nuestra anatomía.

Llegué a la habitación donde ella descansaba relajada en la butaca, abrazada a su inseparable niña de trapo. Necesitaba acercarme a la ventana para respirar un poco de aire, a la vez que se acercó mi hijo y empezó a tejer un discurso emocionado sobre lo acertado de la elección de traerla; fui aislándome de sus palabras, sin remordimientos, y solo percibía un ininteligible susurro lejano. Mis ojos recorrían hasta donde alcanzaban a ver desde la tercera planta, calles y plazas, colocando recuerdos en fachadas, esquinas y, por último, en la iglesia.

Permanecimos el resto del día en la habitación porque las piernas de Daniela se negaron a seguir cualquier otro plan. Empezamos a familiarizarnos con la rutina de los horarios de comidas y medicación; todo en manos mucho más jóvenes que nosotros y cambiantes según la hora del reloj. Para todos los que allí trabajaban, ese primer día fuimos, simplemente, la nueva y su marido. Y el reloj, incansable corredor, avisó de las 21:00, hora en que los visitantes debía abandonar el centro. Por la mañana le tocó a ella venir para fundar aquí su hogar, ahora me tocaba a mí regresar al mío. No era nada fácil, porque era la primera vez que me separaba de ella y debía retomar el camino de vuelta solo..., ¡solo! La tomé de la mano regalándole un beso y, cabizbajo, con miedo a mirar atrás, salí por la puerta de la habitación en dirección al ascensor. Allí me esperaba Rosa para llevarme a casa. Noté un nudo terrible en el estómago que parecía partirme en dos, sensación que vino acompañada de unas piernas que querían huir y se entrecruzaban con unos sentimientos punzantes que se agarraban a las esquinas. Al cruzar el umbral de la puerta principal, recuperé un poco de aliento sin poder reprimir la necesidad de girarme y buscar, furtivamente, un

beso lanzado desde una ventana del tercer piso. Solo sentí la mano temblorosa de mi nuera sobre el hombro.

El viaje de vuelta a casa fue fugaz. Una vez allí, me invadió un gélido silencio hasta ese momento desconocido. Sin fuerzas, decidí refugiarme en mi lecho, ahora solo mío, tapado hasta las orejas y ayudado por un eficaz somnífero que hizo que el sueño se arrojara sobre mi pena.

V

Fue como un sueño el día en que mi cuerpo me desveló que estaba embarazada. Ese instante en que el secreto se muestra ante nuestros ojos eclosionando en una felicidad ausente de caducidad. Siempre pensé que un hijo era la mejor obra que un ser humano podía realizar, mucho más que cualquier escultura clásica; era como sentirse Miguel Ángel o Leonardo.

Desde que tuve uso de razón, soñaba con mi maternidad. Cada vez que veía a mi madre con mi hermanito todo se congelaba ante la inexplicable conexión entre ambos: mil carantoñas contorneaban la cara del niño hasta arrancarle varias carcajadas. Era una coreografía perfecta que les hacía viajar hacia el futuro, donde se veía al ser con su propia criatura, emulando aquellas caricaturas graciosas.

Aún recuerdo cuando Ramón, mi marido, llegó a casa y le di la buena nueva. La emoción le hizo reír y llorar, correr por el piso, hasta acabar abrazado a mí, posando el oído en mi vientre susurrando al ombligo secretos de padre. Para él y para mí fue una eclosión de esperanza después de los tres abortos anteriores, agradeciendo el cuidado de la siembra que, finalmente, se gestaba en el fruto.

Desde el primer día que nos cruzamos en la Calle Mayor del pueblo, supe que él me acompañaría el resto de mi vida. Pude ver, en aquel breve cruce de miradas, verdad, amor incondicional, respeto y deseo.

Rápidamente, el destino sopló a nuestro favor, los encuentros se sucedieron, y la conquista se confirmó. Fuimos haciendo camino y viendo cómo el paso del tiempo fue envejeciendo nuestros cuerpos y convirtiendo a nuestro Pepe en un hombre, adulto que voló pronto del nido en busca de su camino.

Y nos volvimos a reencontrar y a enamorar de nuevo de la mano de la experiencia y del conocimiento mutuo, caminando con paso firme hasta nuestro encuentro con la dama Oscura. Todo fue muy sutil, una conquista sin derramamiento de sangre ni grandes batallas épicas: pequeños descuidos y algún traspie doméstico, que fueron apagando mi sonrisa y encarcelando mi conciencia en la mazmorra más profunda. Cuando quise darme cuenta, el mundo que me rodeaba se había vuelto insólito, tornándose los gestos cotidianos en secuencias poco ágiles y desordenadas, y las palabras en torrente de agua sin cauce; entonces empecé a diluirme en el caos.

Así fui enviudando a Ramón, quien luchaba por llegar a mi celda, cavando con uñas y dientes, sin querer admitir que el granito no se rompe solo con las manos... Y dejé de estar. En ocasiones, le ofrecía a mi esposo el regalo de abrir alguna pequeña ventana por donde podía reconocerse, aunque oscura, dentro de mi nueva morada; oír una canción, embriagarme con un perfume o descubrir alguna instantánea de mi vida, eran las vivencias evocadoras que me permitían mostrarme como siempre; y ahora que recuerdo, sentir su mano jugar entre mis cabellos prolongaba esa sobriedad mental. Pero fruto del capricho y más pronto que tarde, el ventanuco se cerraba de golpe y sin compasión, dejándome suspendida en el limbo; lo que se dice, vivir de migajas emocionales.



VI

El timbre del despertador sonó a la hora acordada. Colgué el vestido de la pereza y conseguí ponerme de pie. Instintivamente, me dispuse a otorgar un beso de buenos días a Daniela que quedó huérfano: su lado estaba vacío por primera vez en 25 años. Las piernas me temblaron y acerté a sentarme en el lecho árido; empecé a acariciar el edredón y la almohada en busca de la forma que contuvieron. Solo vacío.

Me levanté y me dirigí al lavabo atravesando un silencio que permitía escuchar mis pasos y mi respiración. Solo el agua fría, chocando contra mi cara, me alejó de ese letargo al activar mis gestos y mi postura; un esfuerzo poco rentable porque la rutina que me esperaba, precisa lo mínimo de un ser humano.

Una vez en la planta donde residía Daniela, me sorprendió encontrarme con una cara amiga: era Jacinto, un trabajador del ferrocarril con el que compartí muchos años de trabajo, y cuyo abrazo sincero me demostró la gran estima que me profesaba. En unos minutos nos pusimos

al día; y supo él del ingreso de Daniela y yo del suyo, después de haber sufrido una embolia que le arrebató el brazo izquierdo y le obligaba a caminar con una muleta. A pesar de ello, se sentía afortunado de morar en aquella fortaleza que le daba la protección y los cuidados que su familia no podía regalarle.

Jacinto me hizo el mejor obsequio que podía recibir en aquel momento: la oportunidad de ver las cosas de otro modo; solo entonces, mis tinieblas comenzaron a despejarse con esa nueva luz. Me enseñó paradójicamente que, aunque las circunstancias no eran fáciles, suponían un campo sembrado de oportunidades para aprender y para canjear parte del sufrimiento por crecimiento.

Llegué hasta la habitación después de repartir un puñado de buenos días a personal del centro y pacientes. Crucé la puerta con los nervios del joven que entra en casa de los padres de la amada para pedir su mano. Daniela, despeinada, con un sencillo camisón y cubierta por una fina manta, descansaba en la butaca. Sus zapatillas se habían fugado de sus pies y andaba haciendo equilibrios entre la vigilia y el sueño. Me sorprendió que su Nancy estuviera recostada en la cama y no en sus brazos.

Me comentaron que no había descansado bien, que era algo normal de la primera noche y no había por qué preocuparse; necesitaba tiempo para adaptarse. Y aunque andaba cansada, continuaba expectante ante el ejército de profesionales -algunos de nombres extraños- que pasaban a valorarla diariamente para decidir sobre su rentabilidad como persona. Y fue así como conocí la existencia de un fisioterapeuta, una terapeuta ocupacional, un educador social, una psicóloga, un consorte del médico, además de varias enfermeras y auxiliares; todos ellos estaban dispuestos a dedicar un trocito de su tiempo para reajustar lo que de Daniela quedaba y conseguir que se ralentizara su camino hacia la nada. A partir de entonces, se acabaron deconformar las piezas del calendario que perfilarían nuestro día a día.

VII

Recuerdo uno de los días en los que mi orgullo de padre se alzó a lo más alto: nuestro hijo recogía su título universitario. Fue curioso observar cómo de dos personas humildes, ferroviario y ama de casa abnegada, había salido un ingeniero. Fue la segunda vez que estrenamos traje.

Vestidos de orgullo y admiración, nos dirigimos al Teatro Fortuna, lugar de eventos importantes en la capital. Después de años buceando entre libros y batallando contra exámenes interminables, nuestro Cid, por fin, recibía el reconocimiento merecido por su esfuerzo -como diría mi abuelo-, plasmado en un pergamino acreditado oficialmente por Nuestra Majestad. Rosa nos estuvo acompañando cuando todavía era una candidata a maestra que sufrió más que disfrutó, los últimos años de la carrera de nuestro hijo.

Y llegó el gran momento en que su nombre se oyó y resonó por el teatro. Figura formal y de andar seguro como era Pepe, se levantó para recoger su ansiada recompensa, estrechando a la vez la mano de los que fueron sus mentores. Cuando lo tuvo entre sus dedos, lo alzó como si fuera su *Excálibur* y, desde el escenario, nos brindó la victoria; nosotros, emocionados, nos fundimos con él en aplausos y gritos. Lo había conseguido, más bien, lo habíamos conseguido.

Después de un año, motivos laborales impulsaron su ruta hacia la capital de provincia. Allí debía esculpir su propio destino y empezar a caminar un sendero propio. No perdimos el contacto y nos esforzábamos por poder vernos y disfrutarlos todo lo posible, aunque no siempre fue fácil. Y es que la modernidad transformó el trabajar para vivir en el vivir para trabajar, y eso restaba más horas de las deseadas al reloj, artilugio este que siempre mantuvo las veinticuatro horas al día.



Se sucedieron algunos años y la boda se celebró; pero pocas cosas cambiaron. Todos aprendimos a sumergirnos en nuestros quehaceres diarios, y José y Rosa no se bajaron del tren del *corre-corre* para no tener que moverse casi de la estación.

Algo cambió con el nacimiento de nuestra nieta Nieves. Los niños volvían loca a Daniela y resultaba fascinante ver cómo volcaba en su nieta toneladas de cariño y devoción. Todo fue muy bien hasta que la demencia empezó a hacer mella y sus cuidados de abuela dejaron de ser. No obstante, eso no impidió que se creara un vínculo forjado a fuego lento entre abuela y nieta que ni siquiera la bruja oscura pudo romper. Y aunque Nieves tenía solo cinco años, no dudó en querer permanecer al lado de su yaya pese a que parte de ella ya se hubiera marchado.

VIII

El calendario se fue deshojando y con él se fueron yendo los días. A golpe de rutina, fui moldeando mi día a día que se iba relajando paulatinamente. Daniela parecía más serena y mi visión del hogar fue cambiando. Descubrí que también había risas y alegría entre sus pasillos. Fui conociendo a pacientes entrañables con vidas repletas de aventuras, a la vez que mantuve cercanía con familiares abnegados en el cuidado de sus mayores: regalaban mucho de ellos mismos por acompañar a los veteranos de guerra en su última batalla. Mi percepción cambió igualmente sobre los uniformados, quienes descubrí que sabían combinar a la perfección, dedicación y amor por lo que hacían. De todo mi tránsito por allí, lo que más me sorprendió fue mi propio aprendizaje.

Aunque mi media naranja andaba marchitándose poco a poco, aprendí a extraer parte del zumo que quedaba, superándome al lamento que me producía no poder sacar todo el que quisiera. Y fue así como pude ver más allá de sus incomprensibles discursos y reconocerla en el fondo de su mirada. Aprendí a acercarme a ella sin esperar nada, y recoger mucho en un gesto, en una caricia, en un pequeño paseo por el jardín, diciéndolo todo sin hablar de nada. Y por encima de todo, estaban aquellos momentos en

que ella se iba a la ventana y se quedaba allí, clavada, concediendo la libertad incondicional a sus ojos que volaban libres por la ciudad; mientras, yo acariciaba su pelo enredando mis dedos entre lo que quedaba de sus tirabuzones y recordando tiempos muy lejanos que nos ayudaban a sentirnos muy cercanos.

Una ráfaga de alborozo se producía cuando llegaba Nieves. Ella, libre de vergüenzas y prejuicios, se acercaba a la tía como siempre; Daniela parecía rebrotar a su lado. La niña tomaba a Nancy de manos de su abuela y juntas, en una comunión perfecta, caminaban, balbuceaban, jugaban y se entendían frente a las miradas incrédulas de sus padres y la mía.

Llegué a imaginar que algún día, Nieves, tiraría tan fuerte de su mano que sería capaz de sacarle al fantasma que la retenía. Un sábado, antes de irme, mientras jugueteaba con su pelo frente a la ventana, una voz clara se desprendió de sus labios para decirme que esa noche se marcharía; acostumbrado a expresiones inconexas, ignoré sus palabras. Como cada día, ayudé a acostarla y me despedí de ella con un beso en la frente. Siguiendo mi costumbre, me fui despidiendo de la familia del Hogar, y me dispuse a ir para casa. Hacía una noche espléndida y el cielo estaba despejado, salpicado de estrellas, por lo que decidí prescindir del transporte habitual y regalarme un paseo hasta casa. El trayecto se convirtió casi, sin quererlo, en una cascada de recuerdos que parecían ir escribiendo mi biografía a cada paso, dibujando en mi mente decenas de viñetas donde los protagonistas éramos dos. Al llegar a la altura de la iglesia, una extraña brisa me acarició la nuca; tuve la necesidad de contemplar aquella fachada románica, debidamente iluminada, con su campanario y un reloj que justo anunciaba que eran las 21:30. Proseguí la marcha hasta llegar a mi hogar, ya con paso fatigado. Acerté con la llave en la cerradura y entré con el pensamiento puesto en ir a descansar después de esa caminata nocturna. Una vez en mi dormitorio, sonó el teléfono.

Después de unos segundos de parálisis, tomé el auricular y me lo acerqué lentamente a la oreja como si pesara varios kilos. Con voz temblorosa me dirigí al del otro lado. Llamaban de la residencia para comunicarme que Daniela había fallecido poco después de irme. En un momento de *shock*, mi cabeza empezó a rebobinar todo lo sucedido desde ese último acto en la ventana los dos juntos, sin atreverme a dar respuesta a los interrogantes que salieron.





Al día siguiente, acudieron mi hijo, Rosa y la pequeña Nieves, quien había insistido en venir pese a mi negativa. La habitación ya estaba recogida cuando llegaron, descubriendo la niña, la maleta de la abuela detrás de la puerta, como avergonzada; mientras, Nancy permanecía recostada en la almohada. Nos fundimos en un emotivo abrazo bañado por un mar de lágrimas que estallaron descontroladas. Nieves se acercó hasta la cama y, estirando los brazos, tomó a la muñeca en su regazo. Con esa naturalidad de la que solo los niños son capaces, la besó con enorme dulzura y le dedicó unas palabras que nunca olvidaremos:

- "Vamos, abuela, regresamos a casa".

Y así fue como en el reino de los niños, Daniela resucitó orgullosa. Seguía teniendo su vestido color crema y sus tirabuzones como la primera vez que la vi, con alguna costura más y algún centímetro menos. En los ojos de la niña, seguían centelleando infinidad de historias que solo ellas dos eran capaces de protagonizar y que, de alguna manera inexplicable, nos ayudaban a todos a curar su ausencia.

